

1

El mayordomo..., la señora Hill y las dos criadas...

Tan improbable era que alguien se pusiese la ropa si antes no la habían lavado como que saliese desnudo a la calle; al menos en Hertfordshire, y menos aún en septiembre. No había posibilidad de saltarse el día de la colada, pero aun así la purificación semanal de la ropa de toda la casa no dejaba de ser un panorama deprimente para Sarah.

Cuando emprendió la tarea, a las cuatro y media de la madrugada, el frío era implacable. La palanca de hierro de la bomba estaba helada, e incluso con los guantes puestos le escocían los sabañones al extraer el agua del oscuro subsuelo para que cayera en el balde dispuesto para recogerla. Quedaba un largo día por delante y esto no era más que el comienzo.

Todo a su alrededor era quietud. Las ovejas se apiñaban en rebaños en la ladera; los pájaros, mullidos como vilanos, salpicaban los setos; en el bosque las hojas susurraban al paso de los erizos; el arroyo reflejaba la luz de las estrellas y espejeaba sobre las rocas. Más abajo, en el establo, las vacas exhalaban nubes de vapor, y en la pocilga la cerda se revolvía, con los lechones arracimados a su vientre. En la minúscula buhardilla, la señora Hill y su marido dormían el sueño vacío del cansancio absoluto; dos pisos

por debajo, en la alcoba principal, el señor y la señora Bennet eran un par de t́mulo cubiertos por la colcha. Las cinco seńoritas, dormidas en sus camas, sońaban con lo que quiera que sueńen las seńoritas. Y por encima de todo eso brillaba la luz gélida de las estrellas; brillaba sobre las tejas de pizarra y sobre el patio enlosado, sobre el retrete y sobre los arbustos, sobre la fronda que crecía más allá del césped y sobre las nidadas de faisanes, y sobre Sarah, una de las dos criadas de Longbourn, que accionaba la bomba de agua, llenaba un cubo, lo apartaba a un lado con las manos ya doloridas y colocaba otro bajo el chorro.

Por encima de las colinas de levante, el cielo se teńía de un añil transparente. Sarah alzó la mirada, con las manos metidas bajo las axilas, su aliento empañando el aire, y fantaseó con los lugares remotos al otro lado del horizonte, donde ya era pleno día; pensó que cuando su jornada hubiese concluido el sol luciría aún en otros sitios, en Barbados, en Antigua y en Jamaica, donde los hombres de piel oscura trabajaban medio desnudos, y en las Américas, donde los indígenas apenas llevaban ropa y por lo tanto no había mucho que lavar, y en que un día iría allí y no tendría que volver a hacer la colada de otra gente.

Porque, pensaba mientras colgaba los baldes a cada extremo de la vara, se la colocaba sobre los hombros y se tambaleaba al levantarla, nadie debería tocar la ropa sucia de otras personas. Las seńoritas podían comportarse como si bajo sus vestidos fuesen lisas y pulidas cual estatuas de alabastro, pero arrojaban al suelo sus paños menores sucios para que alguien los recogiese y los lavase, y de esta manera revelaban su verdadera condición de frágiles criaturas corpóreas con dos patas, que transpiraban. Tal vez por este motivo le daban órdenes escondidas tras el bastidor de bordar o

por encima de un libro abierto; ella había restregado sus prendas para eliminar el sudor, las manchas, el flujo menstrual; sabía que no eran seres etéreos como ángeles, y por eso no eran capaces de mirarla a los ojos.

El agua se derramaba de los baldes mientras cruzaba el patio a trompicones; estaba ya cerca de la puerta de la antecocina cuando le resbaló un pie y perdió el equilibrio. El instante se dilató, de forma que tuvo tiempo de ver cómo los baldes salían despedidos de la vara y se vaciaban, cómo se iba al traste el trabajo realizado, y supo que cuando cayese se haría daño. Los baldes aterrizaron en el suelo y rebotaron con tal estrépito que los cuervos posados en las hayas se asustaron y alzaron el vuelo graznando, y Sarah cayó a plomo sobre las frías losas. El olfato le confirmó lo que ya suponía: había resbalado en un excremento de cerdo. El día anterior había salido la cerda, tras la que habían correteado los lechones, y nadie había limpiado después; nadie había tenido tiempo. Cada jornada de trabajo se solapaba con la siguiente y nada quedaba terminado, de manera que nunca podía afirmarse: Bueno, pues ya está, hemos acabado las tareas del día. El trabajo se limitaba a rezagarse, enconarse y agazaparse para hacerte cometer un error a la mañana siguiente.

Después del desayuno, Lydia, sentada sobre las piernas junto al fuego de la cocina, bebía a sorbitos la leche azucarada y se quejaba a la señora Hill.

—No sabe la suerte que tiene, Hill. Aquí abajo, escondidita y tranquila.

—Si usted lo dice, señorita Lyddie.

—¡Y lo digo en serio! Puede hacer lo que le apetezca, no tiene

encima a nadie que la vigile, ¿a que no? ¡Dios mío! Si tengo que oír otra vez a Jane diciéndome lo que no debo hacer..., y eso que solo quería divertirme un poco...

En el cuarto contiguo, bajando el escalón que conducía a la antecocina, Sarah, inclinada sobre la tabla de lavar, frotaba el dobladillo de unas enaguas. La prenda tenía tres dedos de barro cuando la recogió del suelo del dormitorio de las muchachas y la había dejado toda la noche en remojo con lejía; el jabón no podía con la mancha, pero se ensañaba con sus manos, ya agrietadas, enrojecidas y cubiertas de sabañones, y se las irritaba. Sarah pensaba a menudo que si Elizabeth tuviese que lavar sus propias enaguas seguramente las trataría con mayor cuidado.

El caldero, repleto de ropa, desprendía vapor; frente a ella, la ventana empañada estaba perlada de gotitas. Sarah fue con destreza desde el tablón del fregadero hasta el tablón del caldero, sobre la superficie oscura y resbaladiza del suelo de piedra. Arrojó las enaguas a la grisácea agua hirviente, cogió el palo de la colada, las empujó con él para sacarles el aire y hundirlas, y luego removió el contenido del caldero. Le habían dicho —y por lo tanto debía creerlo— que era preciso dejar las enaguas de un blanco inmaculado, por más que cuando se las pusieran de nuevo volvieran a ensuciarlas.

Polly tenía los antebrazos sumergidos en el frío lavadero de pizarra. Aclaraba las corbatas del señor Bennet, las sacaba de una en una y las echaba en el cuenco de agua de arroz fría para almidonarlas.

—¿Cuánto dirías que nos queda para acabar, Sarah?

Sarah evaluó de un vistazo lo que había a su alrededor: las tinas con ropa en remojo; las pilas de prendas mojadas, en distintas

etapas de lavado. En algunos lugares se buscaba ayuda para el día de la colada. Pero no aquí; ah, no. En Longbourn House la ropa sucia tenían que lavarla ellas solas.

—Quedan las sábanas y las fundas de las almohadas, además de nuestras camisas...

Polly se secó las manos en el delantal y se dispuso a contar con los dedos las pilas que faltaban, pero, al fijarse en que los tenía de un color rosa alarmante, frunció el ceño y los contempló desde distintos ángulos, como si fuesen algo curioso aunque ajeno a su cuerpo. Debía de tenerlos bastante insensibles, al menos en ese momento.

—Y también quedan los paños —añadió Sarah.

Acababa de transcurrir aquel desafortunado momento del mes en que todas las mujeres de la casa se mostraban más irascibles de lo habitual, más torpes y propensas a las lágrimas, y finalmente sangraban. Los paños estaban a remojo en una tina aparte que desprendía un molesto olor a carnicería; sería la última que pondrían a hervir en el agua que quedase en el caldero antes de vaciarlo.

—Yo diría que nos quedan otras cinco tandas.

Sarah exhaló un suspiro y se tiró de la sisa; la tela ya estaba empapada de sudor, algo que detestaba. Llevaba un vestido de popelina que la señora Hill describía como *Eau de Nil* aunque a ella siempre le parecía *Eau de Bile*; no le importaba que el color fuera feo, pues nadie iba a verla con él puesto, pero sí el corte. Lo habían confeccionado para Mary y estaba concebido para unos brazos delicados como el bizcocho, para el piano y las labores de aguja. No facilitaba la movilidad del músculo; la única razón por la que se lo había puesto era que su otro vestido, de lino pardusco,

estaba colgado en el tendedero, con algunas partes aún húmedas, después de haberle pasado un trapo mojado para quitarle el olor a cerdo.

—Echa las camisas en el próximo —dijo—. Tú las remueves un poco y yo restriego.

Así no te destrozarás las manos, pensó Sarah, aunque las suyas estaban ya en carne viva. Fue del caldero al tablón del lavadero y se hizo a un lado para que pasara Polly. A continuación sacó con las pinzas una corbata del almidón y observó las gotas viscosas que caían de la tela en el cuenco.

Mientras removía el contenido del caldero con el palo, Polly se pellizcaba el labio inferior con las uñas, que estaban desportilladas. Todavía estaba disgustada y tenía los ojos enrojecidos debido a la regañina que le había echado la señora Hill por el estado del patio. Por la mañana había tenido que ocuparse de los fuegos y el agua, y luego la comida del domingo ya estaba en marcha, y después tuvieron que comer y se hizo de noche, ¿y quién iba a ponerse a recoger con la pala los excrementos de cerdo a la luz de las estrellas? Además, ¿no le quedaban aún las sartenes por fregar? La arena con que las había frotado le había despellejado la punta de los dedos. Y, bien mirado, ¿no era culpa de quien había dejado suelto el pasador de la puerta del establo, de manera que lo único que hizo falta para abrirla fue darle un empujoncito con el hocico? En lugar de echar a la pobre Polly la culpa de la caída que había dado al traste con el trabajo de Sarah —miró a su alrededor y bajó la voz para que el anciano no la oyera—, ¿no deberían echársela al señor Hill, que era el encargado de cuidar de los puercos? ¿No debería ser él el responsable de limpiar lo que ensuciaran a su paso? ¿Acaso hacía algo aquel guiñapo de hombre? ¿Dónde se

metía cuando lo necesitaban? Les vendría bien otro par de manos que las ayudasen, ¿no lo decían ellas siempre?

Sarah asentía y emitía murmullos de comprensión, aunque hacía un buen rato que había dejado de escucharla.

Cuando el reloj del vestíbulo dio las cuatro, el señor y la señora Hill ya estaban en el comedor sirviendo a la familia la habitual comida fría del día de la colada —las sobras del asado del domingo—, y las dos criadas tendían en el prado las prendas mojadas, que despedían vapor con el fresco de la tarde. A Sarah se le había reventado un sabañón, que sangraba; se lo llevó a la boca y chupó la sangre para no manchar la ropa recién lavada. Durante unos instantes se quedó absorta en las diversas sensaciones: la piel helada en la lengua caliente, el escozor del sabañón, el sabor salado de la sangre, la calidez de los labios; así pues, no estaba atenta y quizá se confundiera, pero le pareció que algo se movía en el sendero que cruzaba la ladera de enfrente; el sendero que unía la vía pecuaria que iba a Londres con el pueblo de Longbourn y, más allá, con el nuevo portazgo de Meryton.

—Mira, Polly, ¿lo has visto?

Polly cogió la pinza que tenía entre los dientes, sujetó con ella la camisa a la cuerda de tender y se volvió para mirar.

El sendero discurría entre dos viejos setos; los rebaños y las manadas llegaban por allí en su larga travesía desde el norte. Se oía a los animales antes de que pudieran verse: el rumor grave de las vacas a lo lejos, los graznidos malhumorados de los gansos, la llamada de las crías a las madres que habían dejado atrás. Y, cuando pasaban junto a la casa, los sonidos se transformaban, como la nieve; entonces se oían las extrañas voces de los hombres de las

zonas más remotas del país, que desaparecían antes de que alguien advirtiese su presencia.

—No veo a nadie, Sarah.

—No, pero mira...

Ahora el único movimiento era el de los pájaros que brincaban en el seto picoteando las bayas. Polly se dio la vuelta y escarbó la tierra seca con la punta del pie hasta desenterrar una piedra; Sarah siguió mirando un momento. El seto estaba cubierto de hojas de haya secas de color té, el acebo parecía casi negro a la luz del sol bajo y las ramas del avellano estaban peladas en los tramos que habían colocado más recientemente.

—Nada.

—Pero había alguien.

—Pues ahora no hay nadie.

Polly cogió la piedra y la lanzó, como si quisiera demostrar su afirmación. Cayó bastante lejos del sendero, pero de alguna manera pareció zanjar el asunto.

—Ah, vaya.

Con una pinza en la mano y otra entre los dientes, Sarah colgó una camisa sin dejar de mirar en aquella dirección; tal vez había sido un efecto de la luz, del vapor que ascendía a la luz del bajo sol otoñal, tal vez Polly tuviera razón, a fin de cuentas; de pronto se detuvo, se protegió los ojos con la mano, y allí estaba otra vez, bajando por el sendero, tras un tramo de seto sin hojas. Allí estaba él. Porque se trataba de un hombre, no le cabía la menor duda: un atisbo de gris y negro, unos andares de largas zancadas; un hombre acostumbrado a las distancias. Se sacó la pinza de la boca a tientas y señaló agitando la mano.

—Allí, Polly, ¿lo ves ahora? Tiene que ser un buhonero.